

Muchos hallarán absurdo el libro que me dispongo a escribir —si es que me atreviera a pensar que serán «muchos» quienes lo lean—, puesto que abordo el trabajo por iniciativa propia, sin obedecer órdenes de nadie, y, aun así, no tengo del todo claro cuál es la intención. Quiero y debo, eso es todo. Con frecuencia cada vez más inexorable preguntan por las intenciones y el método de lo que se hace y se dice, de modo que no quede ni una sola palabra al azar, pero el autor de este libro se ha visto forzado a tomar el camino contrario, hacia lo sin sentido. Pues, aunque los años que llevo aquí como prisionero y como químico —serán más de veinte, calculo— han sido años de sobra llenos de trabajo y de premuras, existe algo que, sin duda, opina que no es suficiente, algo que me ha ido guiando y que me ha descubierto otro trabajo, uno que yo no tenía la menor posibilidad de descubrir, a pesar de tener en ello un interés profundo y doloroso. Ese trabajo estará cumplido cuando haya terminado el libro. Ni que decir tiene, soy consciente de lo ofensivos que mis polémicos escritos deben de resultarle al pensamiento racional y pragmático y, aun así, escribo.

Puede que antes no me hubiese atrevido. Puede que haya sido la cautividad, precisamente, lo que ha hecho de mí un ser frívolo. La diferencia entre mis condiciones de vida actuales y las que disfrutaba como hombre libre es insignificante. La comida resultó ser apenas algo peor. A eso se acostumbra uno. El

catre resultó ser solo un poco más duro que la cama que tenía en casa, en el Distrito de la Química, número cuatro. A eso se acostumbra uno. Salía algo menos al aire libre. A eso también se acostumbra uno. Lo peor fue la separación de mi esposa y de mis hijos, sobre todo porque nada sabía ni sé de su destino. Ese hecho llenó de angustia y de desasosiego mis primeros años en cautividad. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo, empecé a sentirme más tranquilo que antes e incluso a encontrarme cada vez más cómodo con mi existencia. Aquí no tenía nada por lo que angustiarme. No tenía ni subordinados ni jefes, a excepción de los vigilantes de la prisión, que rara vez entorpecían mi trabajo y que solo se preocupaban de que observara las normas destinadas a mantener el orden. No tenía ni protectores ni competidores. Los científicos con los que a veces me reunían para que pudiera seguir los avances en el campo de la química me trataban con distante cortesía no exenta de algo similar al desprecio, a causa de mi nacionalidad extranjera. Sabía que nadie se creía con motivos para envidiarme. Sucintamente: en cierto modo, podía sentirme en cautividad más libre que en libertad. Pero al mismo tiempo que mi serenidad, crecía también en mi interior esa extraña reelaboración del pasado, y no conoceré el sosiego hasta haber plasmado por escrito los recuerdos de una época de mi vida relativamente sustancial. La posibilidad de escribir me viene dada en razón de mi labor científica y, hasta que no entregue el trabajo concluido, no ejercerán ningún control. Es decir, puedo permitirme este único placer, aunque resultara ser el último posible.

En la época en que empieza mi relato, yo rondaba los cuarenta. Y si es preciso que me presente, quizá pueda explicar qué imagen tenía yo de la vida. Poco hay que diga más de una

persona que la imagen que tiene de la vida: si la ve como un camino, como un campo de batalla, como un árbol en crecimiento o como un mar rumoroso. Yo, por ejemplo, la veía con los ojos de un dócil escolar, como una escalera por la que uno se apresuraba cuanto podía entre rellano y rellano, jadeando y con el contrincante en los talones. En rigor, yo no tenía muchos contrincantes. La mayoría de mis colegas del laboratorio habían cifrado sus ansias de gloria en lo militar y consideraban el trabajo diario como una interrupción tediosa aunque necesaria de los servicios militares vespertinos. En mi caso, no se me habría ocurrido confesarle a ninguno de ellos cuánto más me interesaban mis experimentos químicos que el servicio militar, aunque no pudiera decirse que fuera mal conmlite. Como quiera que sea, yo me desvivía por subir mi escalera a toda velocidad. Cuántos peldaños debía dejar atrás era algo en lo que jamás había reparado, como tampoco qué maravillas pudiera haber en el desván. Quizá, de forma un tanto nebulosa, me imaginaba la casa de la vida como una de nuestras casas urbanas normales y corrientes, donde uno iba ascendiendo desde las entrañas de la tierra hasta que llegaba por fin a la azotea, al aire libre, a la brisa y a la luz del día. Tampoco tenía claro a qué corresponderían la brisa y la luz del día en mi peregrinaje por la vida. Lo único cierto era que cada nuevo rellano venía caracterizado por breves mensajes oficiales de una esfera superior: de un examen aprobado, una prueba superada, el traslado a un campo de actividad más significativo.

De hecho, yo tenía a mis espaldas toda una serie de esa clase de puntos iniciales y finales, aunque no tantos como para que uno más perdiese importancia. De ahí que volviera con un amago de fiebre en la sangre tras la breve llamada telefónica por la

que me comunicaron que al día siguiente recibiría la visita de mi jefe de control y que, por tanto, podría empezar a experimentar con material humano. Luego al día siguiente tendría lugar la prueba de fuego del mayor de mis inventos.

Estaba tan exaltado que me fue imposible comenzar ninguna tarea nueva en los diez minutos que quedaban de jornada laboral. De modo que hice un poco de trampa —creo que por primera vez en mi vida— y empecé a guardar el instrumental antes de tiempo, muy despacio y con suma cautela, mientras miraba de reojo hacia las paredes de cristal que se alzaban a ambos lados para ver si alguien se fijaba en mí. Tan pronto como la señal del reloj anunció que había terminado la jornada, me apresuré a recorrer los largos pasillos de los laboratorios, a la cabeza de la corriente. Me duché rápidamente, cambié la ropa de trabajo por el uniforme de paseo, entré a la carrera en el paternóster y, al cabo de unos instantes, estaba en la calle. Puesto que nos habían asignado la vivienda en mi distrito laboral, disponíamos allí de licencia de superficie terrestre, y yo siempre disfrutaba estirando las piernas al aire libre.

Cuando pasé por la estación de metro, se me ocurrió que bien podría esperar a Linda. Como yo había salido tan pronto, no habría tenido tiempo de llegar a casa desde la fábrica de productos alimenticios donde trabajaba, situada a más de veinte minutos en metro. Acababa de llegar un tren y un río de gente que surgía de la tierra se iba estrechando al pasar por los controles, donde comprobaban las licencias de superficie terrestre y, finalmente, iba filtrándose gota a gota hacia las calles aledañas. Por encima de las azoteas, ahora desiertas, y de las lonas enrolladas de color gris monte y verde prado que, en el transcurso de diez minutos, hacían invisible la ciudad desde el aire, contemplaba yo aquella

masa hormigueante de compañeros de milicia que volvían a sus hogares con el uniforme de paseo, y pensé de pronto que quizá todos albergasen el mismo sueño que yo: el sueño del camino ascendente.

Aquella idea arraigó en mí. Sabía que antiguamente, en la época civilística, era preciso incitar a la gente a trabajar y a esforzarse con la esperanza de acceder a viviendas más amplias, comida más exquisita y ropa más elegante. En la actualidad, nada de eso era necesario. La vivienda estándar —una habitación para los solteros, dos para una familia— bastaba más que bien para todos, desde el más insignificante hasta el más meritorio. La comida estatal saciaba tanto al general como al soldado raso. El uniforme común —uno para el trabajo, otro para el tiempo libre y otro para los servicios militares y policiales— era el mismo para todo el mundo, hombres y mujeres, superiores y subordinados, con la única diferencia de la placa de la graduación. Y ni siquiera esta era más vistosa en un caso que en otro. Lo deseable de una graduación más alta radicaba exclusivamente en lo que simbolizaba. Tanta es, me dije feliz, la espiritualidad de todos y cada uno de los compañeros de milicia del Estado del Mundo, que aquello que más valoran en la vida apenas tiene una forma más concreta que tres filetes negros, garantía de la autoestima y la estima ajena. De los goces materiales es posible acabar harto y más que harto —precisamente por eso sospecho que las viviendas de doce habitaciones de los antiguos capitalistas civilísticos tampoco eran mucho más que un símbolo—, pero ese objetivo, sutil donde los haya, que se persigue bajo la forma de las graduaciones, no puede saciar a nadie. Nadie puede gozar de tanta estima y autoestima que no quepa desear más. Así, en lo más espiritual, en lo más vaporoso e inalcanzable de cuanto

existe, descansa firme, seguro y sempiterno el orden de nuestra sociedad.

En aquellas reflexiones andaba yo junto a la salida del metro, viendo como en sueños al vigilante que iba y venía a lo largo del muro coronado de alambre de espino que delimitaba el distrito. Cuatro trenes habían llegado, cuatro veces había emergido a la luz del día la muchedumbre, cuando por fin vi a Linda pasar el control. Me acerqué presuroso y continuamos caminando juntos.

Hablar no podíamos, naturalmente, a causa de las prácticas de la flota aérea, que, día y noche, impedían que se mantuviese cualquier conversación fuera de casa. Como quiera que sea, Linda advirtió mi expresión de contento y asintió alentadora, aunque sería, como siempre. Hasta que no llegamos al bloque de viviendas y bajamos en el ascensor a nuestro apartamento, no nos envolvió un silencio relativo —el zumbido de los motores, que hacía temblar las paredes, no era tanto como para impedirnos hablar sin problemas—. Sin embargo, postergamos cautelosos toda conversación hasta haber entrado en casa. Si nos hubiesen descubierto hablando en el ascensor, ninguna sospecha habría sido más lógica que la de pensar que estábamos ventilando asuntos que deseáramos mantener ocultos a los niños o a la asistente. Se habían dado casos así, en que los enemigos del Estado y otros delincuentes habían querido usar el ascensor como local de conspiración; y era lógico, puesto que, por razones técnicas, no era posible instalar en el ascensor ni el ojo ni el oído policial, además de que el vigilante portero solía tener otras obligaciones que la de andar escuchando en los rellanos de las escaleras descendentes. De modo que guardamos un silencio previsor hasta que entramos en la sala familiar, donde la asistente de la semana ya había puesto la mesa con la cena y aguardaba junto con los

niños, a los que había subido a recoger en el pabellón infantil del edificio. Daba la impresión de ser una muchacha amable y de orden, y la cordialidad de nuestro saludo no se debió solo a que, como todas las asistentes, estuviese obligada a entregar un informe sobre la familia al final de la semana, una reforma que, se pensaba, había mejorado el tono en muchos hogares. Reinaba en torno a la mesa una atmósfera de alegría y bienestar, causada en gran medida por el hecho de que Ossu, nuestro hijo mayor, estaba también con nosotros. Había venido del campamento infantil, puesto que era tarde de visita domiciliaria.

—Tengo una buena noticia —le dije a Linda mientras degustábamos la sopa de patata—. He avanzado tanto con el experimento, que podré empezar a trabajar con material humano mañana mismo, bajo la inspección de un jefe de control.

—¿Quién crees que será? —preguntó Linda.

No se me notó, seguro, pero por dentro me sobresalté al oír esas palabras. Cabía la posibilidad de que fueran inocentes. ¿Qué podría ser más natural que el que una esposa quisiera saber quién sería el jefe de control de su marido? De lo quisquilloso o lo transigente que fuera, dependería la duración del periodo de prueba. Incluso se habían dado casos de jefes de control ambiciosos que habían hecho suya la invención del controlando, y contra eso, poca posibilidad había de defenderse. Con lo que nada tenía de extraño que la persona más cercana se interesara por quién iba a ser ese jefe.

Pero yo quise oír un eco concreto en su tono de voz. Mi superior inmediato y, por tanto, mi futuro jefe de control, era Edo Rissen. Y Edo Rissen había estado contratado con anterioridad en la misma fábrica de productos alimenticios en la que trabajaba Linda. Yo sabía que habían tenido algún contacto y, por una

serie de sutiles indicios, inferí que Edo Rissen había causado cierta impresión en mi esposa.

Al preguntar ella, se me activaron los celos y empecé a ventear como un animal. ¿Qué grado de intimidación había alcanzado la relación entre Linda y Rissen? En una gran fábrica podía suceder a menudo que dos personas se hallasen fuera de la vista de los demás, en los almacenes, por ejemplo, donde las cajas y los contenedores entorpecían la visión a través de las paredes de cristal, y donde, para colmo, tal vez no hubiese nadie más trabajando en ese momento... Linda también había tenido turnos de vigilancia nocturna en la fábrica. Y el turno de Rissen bien podría haber coincidido con el suyo. Todo era posible, incluso lo peor: que aún lo quisiera a él y no a mí.

Por aquella época yo no reflexionaba mucho acerca de mí mismo, de lo que pensaba y sentía o de lo que pensaban y sentían los demás, en la medida en que no tenía la menor relevancia pragmática para mí. Solo más adelante, durante mis años de solitaria prisión, volvieron aquellos instantes como incógnitas, obligándome a cuestionarme, a interpretar y reinterpretar. Ahora que ha pasado mucho tiempo sé que cuando tanto ansiaba «el conocimiento» sobre la relación entre Linda y Rissen, no quería, en realidad, saber que no existía ningún vínculo entre ellos. Ansiaba un conocimiento que pusiera fin a mi matrimonio.

Aunque en aquel entonces habría yo rechazado y despreciado tal idea. Linda desempeñaba un papel demasiado importante en mi vida, habría argumentado yo. Y era verdad; ninguna preocupación, ninguna indirecta ha podido después cambiar *eso*. Por lo que significaba para mí, Linda bien habría podido competir con mi carrera. Ella me tenía sujeto en contra de mi voluntad de un modo totalmente contrario a la razón.